

CAPITULO VI.

Yo solo, batiré cuarenta.

SHAKSPERE. *Coriolan.*

Entre los que asistieron al juicio cuyo extracto acabamos de dar, habia sin duda muchas gentes que pensaban se habia dirigido el asunto de un modo muy singular y que la disputa entre el juez y el fiscal no era mas que e resultado de un convenio preparado de ante



mano para destruir la acusacion. Mas aunque habia sospechas de que se habian entendido ambos para el caso, la mayor parte del auditorio, que se componia de sugetos juiciosos y bien educados, miraba ya la conspiracion denunciada como un cuento mandado hacer, y veia con gusto que las acusaciones banales, causa de tanta sangre derramada, podian eludirse por un medio cualquiera. Pero la turba que esperaba en la sala de Peticiones, en la antesala y en la plaza, miraba con otros ojos lo que llamaba prevaricacion del juez y del fiscal para salvar á los presos.

Gates que necesitaba menos provocaciones de las que le habian hecho aquel dia para obrar como un verdadero frenético, se lanzó impetuoso en las olas de la multitud gritando hasta faltarle la voz: — ¡Abogan la conspiracion! ¡dan garrote á la conspiracion! ¡Milor el juez y el fiscal están ligados para salvar á los conspiradores y los papistas!

— Esto es una invencion de la papista de Portsmouth, dijo uno de los oyentes.

— O mas bien del mismo viejo Rowley, dijo otro.

— ¡Si pudiere asesinarse á sí mismo, dijo un tercero, al diablo quien lo impidiera!

— Se le deberia juzgar por haber conspirado contra sí mismo, dijo otro, y ahorcarle *in terrorem*.

A pesar de todo, sir Geoffrey, su hijo y su compañerito salieron de la sala de justicia con la intencion de ir á reunirse con lady Peveril, que habia tomado un cuarto en Fleet-Street. Se habia visto libre de muchas inquietudes, segun se lo dió á entender sir Geoffrey á Julian en pocas palabras, por un angel en forma de una amiga joven, y ellas los esperaba sin duda ya impaciente. La humanidad y una idea confusa, de que podia estar resentido el pobre pigmeo, movieron al anciano caballero y le convidó para que los acompañara. — Yo sé muy bien, dijo á su hijo, que no es muy ancho ni cómodo el alojamiento de lady Peveril, pero seria muy extraño que no hubiera un bufete que pudiera servir de cama donde durma esta pobre criatura.



El enano oyó esta observacion, cuyo fin era laudable, y la grabó en la memoria uniéndola con lo de la danza en la fuente de loza, pensando hacer de ello un asunto sobre que se le dieran las explicaciones correspondientes, cuando se presentasen las circunstancias.

Al salir de la sala de justicia se llamaron la atencion general, tanto en razon de la situacion de que salian, como por lo que se parecian, segun dijo un chuzon estudiante del Temple, á los tres grados de comparacion, grande, menor, mínimo. Pero no habian andado mucho, cuando Julian advirtió que la multitud de retaguardia se agitaba con pasiones algo mas temibles que la de pura curiosidad, y que al parecer espiaba sus movimientos todos.

— Miralos, miralos, esos malvados papistas, dijo uno del pueblo, ya van á Roma.

— Vm. quiere decir á Whitehall, dijo otro.

— Los monstruos sanguinarios, dijo en voz alta una muger, es una vergüenza dejar uno solo con vida, despues del asesinato del pobre sir Edmondbury.

— Mal rayo en los infames jurados, dijo otro, que han soltado esos perros rabiosos contra una infeliz ciudad.

Iba el tumulto en aumento de un instante á otro, y los mas furiosos exclamaban *lambonémolos* amigos míos, *lambonémolos*, expresion muy en voga por entonces, alusiva al destino del doctor Lamb, charlatan y astrólogo muerto por el pueblo en tiempo de Carlos I.

Comenzó Julian á inquietarse con estos síntomas de violencia y sintió no haber tomado un barco y volver á la ciudad por agua. Era ya muy tarde para efectuar así su retirada, é invitó por lo bajo á su padre para que alargara el paso y llegar pronto á Charing-Cross, sin hacer alto á los insultos que oyese; porque un exterior firme y una marcha sostenida era lo que impediria llegasen al extremo las amenazas de la canalla. Este consejo era prudente, pero despues que habian pasado delante del palacio de Whitehall, el genio impetuoso de sir Geoffrey Peveril, y el no menos irascible de *Galfridus minimus* cuyo ánimo no miraba ni el número ni la talla, no les permitió seguirle.



— ¡Qué diablos! ¡qué pícaros, como gritan y ahullan! dijo sir Geoffrey el grande. Por Dios, que si tuviera un palo yo inculcariá la razon y lealtad en algunos de sus lomos!

—Yo haria lo mismo, dijo el enano, que sudaba sangre y agua por ir tras de sus compañeros, y que apenas podia respirar; y yo tambien daria de palos, hasta no poder mas, á estos plebeyos, ¡hem! ¡hem!

Habia entre la multitud que los seguia gritando é insultándolos de todos modos, no siendo á golpes, un mancebo de zapatero, que, al oír esta infeliz baladronada del enano belicoso, le recompensó sacudiéndole en la cabeza con una de las botas que llevaba á su parroquiano. La fuerza del golpe caló el sombrero al enano hasta los ojos, y no sabiendo quien le golpeó, se arrojó por instinto sobre el mas alto de los pícaros que tenia mas cerca de sí. Pero este paró el golpe, dándole un pechugon que dejó caer al pobre campeoncillo junto á sus compañeros. Viéronse entonces asaltados por todas partes; pero la fortuna, favorable á los deseos de sir Geoffrey el grande, quiso principiara esta

riña cerca de la tienda de un armero, y, entre las armas expuestas á la vista del público, tomó sir Geoffrey Peveril una espada que blandió con la destreza de un hombre acostumbrado por mucho tiempo á manejarla. Julian, llamando al mismo tiempo á un oficial de justicia, y recordando á los que acometian gentes sin haber sido provocados de su parte, no le pareció podia hacer cosa mejor que imitar á su padre, y, como él, se apoderó de una de las armas presentadas por el acaso. En tanto que daban de este modo señas nada equívocas de su resolucion de defenderse, se arrojó sobre ellos la multitud con tal impetu, que cayó por tierra el desgraciado enano, y ya estaba expuesto á verse atropellado, si el anciano caballero, apartando el populacho haciendo el remolino con la espada, no le hubiera tomado con mano vigorosa y puesto al abrigo de los golpes colocándole en el poyo de la ventana baja donde estaban las armas. El enano tomó al instante entre las mohosas que tenia debajo de los pies un escudo viejo, luego una espada, y cubriéndose con aquel, en tanto que tiraba



tajos y rebeses con esta á vista del pueblo amotinado, se halló tan satisfecho en este puesto ventajoso, que gritaba voceando á sus dos amigos, que escaramuzaban con armas mas iguales contra sus adversarios, no perdiesen tiempo en venir á ponerse bajo su defensa. Pero muy lejos de necesitar su socorro, el padre y el hijo se hubieran abierto paso con facilidad por entre la canalla, si hubieran podido resolverse á dejar su compañerillo en la situacion que se veia, y donde, á la vista de cualquier otro que él, parecia un verdadero figurin armado con espada y broquel, sirviendo de muestra á la puerta de un maestro de esgrima.

Comenzaron bien pronto á volar los palos y las piedras, y el populacho, á pesar de los esfuerzos de los dos Peverils para dispersarle haciendo el menor mal posible, parecia resuelto á sacrificarlos á su furor, cuando algunas personas que asistieran al juicio, sabiendo que los acusados puestos en libertad estaban en peligro de morir á manos de la canalla, sacaron la espada para librarlos. El populacho, sin embargo, no comenzó á dis-

persarse, sino cuando vió, que, casi al mismo instante se acercaba un destacamento de guardias de corps, que habian hecho salir de su habitual residencia, á la primer noticia que recibieron de lo que pasaba. Cuando llegó este refuerzo inesperado, oyó con gozo el anciano caballero salir del centro de este pequeño grupo de valientes algunos gritos que animaran su juventud mas activa.

— ¿Dónde están esos picaros Cabezas Morondas? exclamaban los unos. — ¡Mátalos de un golpe á esos perros hipócritas! decian los otros. — ¡Viva el rey y sus amigos, y con mil demonios todos los demas! decian en alta voz algunos otros, con mas juramentos de los que se deben confiar al papel, en un siglo en que los oidos son mas delicados.

El anciano caballero, enderezando las orejas como el perro de caza que oye las voces de los ballesteros, al verse tan bien sostenido hubiera barrido el Strand de muy buena gana, con la caritativa intencion de forzar á la canalla que le habia insultado á esconderse en cuébanos, como decia; pero le contuvo la pru-



dencia de Julian, quien, aunque muy enfadado por el modo con que los habian tratado sin causa, consideraba que su posicion los precisaba cuidar de ponerse ensalvo, en lugar de entregarse á la venganza. Pidió é instó á su padre sobre que buscaran una retirada por el pronto, ya que podian, para ocultarse al furor de la canalla. Los oficiales que mandaban el destacamento de guardias de corps, exhortaron al anciano caballero á tomar este partido prudente, y se lo intimaron á nombre del rey para resolverle, en tanto que se lo pedia Julian en el de su madre.

Sir Geoffrey Peveril miró la hoja de la espada teñida en la sangre de algunos adversarios mas atrevidos á quienes habia herido levemente y por lo que estaba solo medio satisfecho.— ¡Si por lo menos hubiera yo tendido en tierra uno de estos tunantes! exclamó, pero yo no sé lo que me pasó, al ver sus caras inglesas redondas y largas, no podia resolverme á tirar estocadas y me contentaba con dar algunos tajos.

— La voluntad del rey es que no vaya mas adelante este asunto, dijo el oficial.

— Mi madre morirá de pesadumbre, dijo Ju-

lian, si oye hablar de este tumulto antes que lleguemos á casa.

— Si, si, dijo el caballero, Su Magestad por una parte, y mi muger por otra.... ¡Bien, bien! cúmplase su gusto, y es cuanto tengo que decir. Es preciso obedecer á los reyes y á las damas. Pero, ¿por dónde haremos nuestra retirada, porque tenemos que hacerla?

Se hubiera visto Julian muy confuso para responder á esta pregunta, porque se habian cerrado las puertas de las casas y las tiendas desde que la confusion comenzó á tomar un caracter temible. Pero el armero, de cuyas mercancías se habian apoderado sin cumplimiento, les ofreció un asilo de parte del propietario de la casa cuya tienda alquilaba, añadiendo únicamente con mucho modo, que pensaba tomarian estos señores en consideracion el uso que habian hecho de sus armas.

Julian meditaba aunque de prisa si seria conveniente aceptar la propuesta de este hombre, teniendo ya experimentado, cuantos lazos solian tenderse dos facciones, de un odio tan inveterado, que no formaban escrúpulo en usar



de doblez contra sus enemigos; pero el enano, dejando percibir su voz áspera y chillona, y levantándola con toda su fuerza desde lo alto del puesto que ocupaba todavía en la ventana de la tienda, los exhortó á que admitieran la oferta del respetable amo de la casa.

— El mismo, dijo, reposando despues de la gloriosa victoria en que se lisongeaba haber tenido parte, habia recibido el favor de una vision beatifica, demasiado resplandeciente para describirse á los mortales. Una voz que habia resonado en su corazon como el sonido de una trompeta, le habia invitado á refugiarse en casa de este respetable propietario, y á pedir á sus amigos que hicieran lo mismo.

— ¡ Una vision! ¡ el sonido de una trompeta! dijo el caballero del Pico, el hombrecillo está loco de atar.

Pero el armero se apresuró á explicarle habia recibido aviso de una señora, conocida suya, que le habia hablado desde una ventana, cuando estaba bajo el toldo de la tienda, diciéndole que sus amigos y él hallarian un retiro seguro en la casa de este propietario. Hizole

notar al mismo tiempo que los gritos se reproducian á lo lejos. La canalla se disponia en efecto para volver á la carga con mucha mas gente y violencia.

Entonces el padre y el hijo dieron de prisa las gracias al oficial y su destacamento, como á los otros que voluntariamente habian tomado parte en su defensa, y bajaron al chiquitín sir Geoffrey Hudson del puesto elevado que tan honradamente habia ocupado durante la escaramuza; fueron entonces detrás del armero, quien llevándolos por un pasadizo inmediato, y haciéndolos atravesar uno ó dos patios para engañar, decia, al que tratara de espigar donde iban á esconderse, los hizo entrar en la casa por una puerta falsa. Subieron despues una escalera cubierta de estera de espadaña para impedir la humedad, y en lo alto de ella entraron en un salon, cuyas paredes estaban cubiertas de sarga gruesa verde, guarnecida de badana dorada, colgadura que adoptaban entonces los ciudadanos poco ricos ó económicos en lugar de tapiceria ó de ensambladura. Allí recompensó tan generosamente al



armero por el préstamo forzado que les habia hecho de sus armas, que abandonó la propiedad á los que acababan de servirse de ellas, tanto mas voluntariamente, añadió, que se alegraba infinito de verlas en manos de gentes que conocian el manejo, y de hombres de gran talla.

El enano se sonrió cortesmente saludándole, y echó al mismo tiempo mano á la faltriquera; pero la sacó con indiferencia, probablemente porque no halló con que hacer la corta recompensa que pensaba.

Saludólos el armero; y cuando ya se retiraba, dijo que preveia la vuelta del buen tiempo para Inglaterra, y que las hojas de Bilbao se venderian mejor que nunca.— Me acuerdo ahora, señores, aunque yo no era entonces mas que aprendiz, como en 1641 y 1642, era considerable el pedido de armas; se compraban mas sables que mondadientes, y el viejo Ironsides, mi maestro, vendia malas espadas de Provant el doble de lo que me atreveria yo á pedir hoy por una hoja toledana. Pero, por cierto, la vida de un hombre dependia de la hoja que

llevaba; los Caballeros y los Cabezas-Morondas se batian todos los dias á la puerta de White-Hall. Como es probable, segun el buen ejemplo que vms., señores, acaban de dar, que aun pueda suceder esto, lo que me pondria en disposicion de dejar esta tienda para abrir otra nueva, espero me recomienden vms. á sus amigos; yo tengo siempre mercancías con las que un gentilhombre puede arriesgar su vida sin peligro.

— Muchas gracias, amigo mio, respondió Julian; pero suplico á vm. que se retire. Pienso que no necesitaremos sus mercancías, á lo menos desde ahora en algun tiempo.

Retiróse el armero; pero mientras que bajaba el enano le dijo que volveria á verle dentro de poco para comprar una hoja mas larga y mas cómoda para batirse, por no ser buena la espada que tenia sino para la parada ó la escaramuza con la canalla, tal como la pasada poco ha.

Estas palabras hicieron volver al armero, quien dijo á sir Geoffrey el pequeño que hallaria en su tienda una hoja digna de su valor, y



como si tal idea no se le hubiese ocurrido antes al pensamiento : — Pero, señores, dijo vms. no pueden atravesar el Strand con las espadas desnudas en la mano, ó se expondrían á que se amotinara otra vez la plebe. Si vms. gustan, yo les pondré vaina en tanto que reposan un poco.

Pareció tan razonable esta observacion, que Julian y su padre volvieron al momento las armas al buen armero. El enano siguió su ejemplo, pero despues de haber vacilado un poco, no tratando, decia, de separarse tan pronto de un amigo fiel que acababa de proporcionarle la fortuna poco tiempo antes. Salió el artesano llevándose las armas de los tres amigos, y al salir del cuarto, advirtieron que cerraba la puerta dando dos vueltas á la llave.

— ¿ Has oido eso? dijo sir Geoffrey á su hijo; pues ya estamos desarmados.

Julian registró la puerta antes de responder y vió que estaba bien cerrada, y las ventanas con reja en el cuarto principal. No puedo creer, dijo despues de un instante de reflexion, que ese tunante haya tratado de jugarnos una

pasada. En todo caso, no seria dificil forzar la puerta y marcharnos. Mas, antes de tomar esta medida violenta, me parece será mejor dar tiempo á que se disperse la canalla, y á este hombre para que nos vuelva las armas. Si entonces no vuelve pienso que no hallaremos muchos obstáculos para salir del paso. Al acabar de decir esto, se levantó parte de la tapicería, se dejó ver una puerta que ocultaba, y el mayor Bridgenorth se presentó en el aposento.